

LA SOFLAMA.

DIRECCIÓN Y ADMÓN.

Calle del Hospital, núm. 20.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Trimestre 1'50 pts.
Número suelto 10 cénts.

SEMENARIO POLÍTICO LIBERAL.

Año II.

YECLA 27 DE MARZO DE 1892.

Núm. 22.

ADVERTENCIA.

En el próximo número y en el lugar del folletín, empezaremos á publicar el magnífico discurso pronunciado en el Congreso por nuestro ilustre jefe, el Excmo. Sr. D. Joaquín Lopez Puigcerver, al intervenir en el debate económico.

¡POLICÍA!

Esperando la sentencia que ha de rehabilitarlos ó imponerles el castigo correspondiente, según el resultado de la prueba, sienten transcurrir las horas y los días en la hedionda cárcel del partido unós cuantos desdichados, á quienes se considera autores de un robo cometido no há mucho tiempo, y que causó gran alarma en la opinión.

En el mayor desamparo, vive un anciano, decrépto ya, que ni se siente con fuerzas para el trabajo, ni podrá acabar sus días sin tener necesidad de implorar la caridad pública. Una pequeña fortuna, conseguida á cambio de sacrificios y privaciones sin cuento, que pudo haberle permitido vivir con relativo desahogo, en esa edad en que la voluntad desfallece y las energías físicas abandonan al hombre, le fué arrebatada por una mano criminal, sumiéndole en una situación angustiosa y precaria.

Triste es el espectáculo que ofrecen aquellos desgraciados, dignos de compasión, aunque sean culpables. Por lo pronto, tendrán que pasar meses y meses separados de sus familias; devorando las amarguras que la impostura causa á toda conciencia honrada, ó que el remordimiento produce hasta en los corazones más perversos; sufriendo los horrores que deben experimentar entre aquellas cuatro paredes, que en los momentos de exaltación y en las noches de insomnio, adquirirán proporciones colosales, apa-

reciendo á la fantasía como titanes que, con sus férreos brazos, les sujetan, impidiendo la fuga. Después, si su participación en el delito resulta un hecho, tendrán que ir á un establecimiento penitenciario, de donde acaso vuelvan especialistas en la materia y dispuestos á seguir por ese camino, tan cuajado de dificultades, que no puede darse un paso en él sin riesgo de tropezar.

Pero es más doloroso todavía, ver á un pobre anciano privado de los recursos que se preparó para la vejez, condenado á la miseria cuando ya no puede ni trabajar.

¡Dios que ilumine á la justicia histórica, para que ni ese delito quede impune, ni pague quien no deba.

Ahora lo que toca hacer es procurar que hechos de esa índole no se repitan; que el buen nombre de Yecla no se borre de la memoria de nadie; que recobremos la tranquilidad moral de que estamos tan necesitados.

Seguramente no lo conseguiremos. El Sr. Moncada cree que su misión es exhibir la vara; andar siempre de cabaldeos para que se le suponga una sagacidad que al infeliz nadie ha de concederle; disparatar, como él sabe hacerlo, á toda horas y en todos los tonos; dando ocasión con esto á su mayor desgracia, á que todo el mundo le conozca.

Ya que ese hombre no *piensa* en la administración, aunque haya quien suponga lo contrario, debía velar por la seguridad de sus subordinados, que no confían y con razón más que en sus propias fuerzas, estando por ello siempre dispuestos á hacer uso del legítimo derecho de defensa personal.

La misión del alcalde es muy otra de la que á este le parece; y en ella debia fijar su atención, sobre todo en este momento histórico en que la opinión, indignada por la audacia de los criminales, reclama actos de energía á las autoridades, para que pongan coto al mal.

Los robos que hoy se cometen con inusitada frecuencia, reconocen por causa principal la perversidad de los que, abandonando el trabajo, se entregan á toda clase de vicios, creándose

hábitos y necesidades que no pueden satisfacer, y que para conseguirlo no reparan en cometer toda clase de atropellos y violencias.

Las guaridas de esta gente son las tabernas; aquí las hay en gran número y que gozan de excepcionales privilegios; ni pagan contribución ni se cierran en toda la noche; y como sobre ellas no se ejerce vigilancia alguna, es de suponer que no paren las cosas en el truque, y que más de un pobre bracero se deje allí el jornal de la semana con detrimento de su familia y de la moral.

¿Qué hace el alcalde que no obliga á cumplir á los dueños de esos establecimientos las leyes de policía? ¿Por qué no visita ciertos sitios céntricos y extraviados, los domingos por las tardes, y tendrá el gusto probablemente de presenciar recreos tan honestos como el juego de la lotería? ¿Por qué no vigila á ciertos individuos.....?

¡Inútil empeño! El Sr. Moncada ni ha hecho ni hará en su vida más que tonterías, aunque otra cosa diga Silvestre.

ECOS.

Segun nos aseguran, el domingo pasado, surgió entre dos personajes que viven ligados íntimamente, un disgusto por cuestión de faldas.

Dado el *caracter* de uno de los actores, dudamos de la veracidad de la noticia.

Nuestro muy ilustre diputado á Cortes, no ha querido recibir el último número de LA SOFLAMA, segun consta en la nota puesta en la faja por el cartero.

Antes la recibía y no la pagaba, y ahora lo declaramos suscriptor honorario y no quiere recibirla.

¡Atennos ustedes esa.....mosca por el rabo!

Moncada de mis *entretelas*.
¡O arreglas lo de los *recibicos*, ó vamos á reventar todos por tu falta de *cutis*.